



CSP, AÑO 1: DISPUTA POR EL PODER AL INTERIOR DE LA 4T

Con viento a favor en aprobación, la presidenta Sheinbaum padece corrientes internas de Morena en conflicto; y punto decisivo en desacuerdo sin solución con Trump

Por Carlos Ramírez / Suplemento político ► I - IV

SUPLEMENTO POLÍTICO DE EL INDEPENDIENTE

Sheinbaum / Año 1 4T: lucha por la hegemonía 2000-2036

Por Carlos Ramírez

I

El barco del segundo gobierno sexenal de la autodenominada Cuarta Transformación completa un año político de once meses con el viento a su favor, pero en medio de corrientes subterráneas negativas entre los complejos y contradictorios grupos de la coalición dominante.

Las votaciones que eligieron a Andrés Manuel López Obrador en 2018 y a Claudia Sheinbaum Pardo en 2024 recuperaron y reconstruyeron la estructura política mayoritaria que el viejo régimen priista 1917-2000 había tenido como voto de confianza en esas elecciones presidenciales. El sistema político/régimen de gobierno/Estado social/Constitución dogmática se desgastó a lo largo de 83 años y paulatinamente fue desensamblando los mecanismos verticalistas del poder.

El ciclo 2000-2018 de un paso timorato e incompleto a los que debe haber sido un Gobierno de coalición PRI-PAN, pero la ausencia de un pensamiento político pragmático prefirió mejor reorganizar las estructuras de dominación política y de gobierno para cerrarle el paso al populismo de Andrés Manuel López obrador que había iniciado con el impulso neo populista de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano en 1988.

Para entender el escenario que enfrenta la 4T para su segunda administración 2024-2030 y la intención adelantada de lograr una tercera oportunidad en 2030-2036 es necesario establecer una interpretación teórico-práctica del sistema/régimen/Estado/Constitución.

El modelo de interpretación política oficial señala que la Revolución Mexicana estalló como un gran movimiento a favor de la democracia y en contra de la dictadura de Porfirio Díaz. La Constitución de 1917 le dio la vuelta al objetivo de un verdadero régimen democrático como lo pedía Francisco I. Madero y metió al país en la zona de lo que con mucha precisión definió el politólogo Miguel Basáñez en 1981 y amplió en 1990 como un régimen basado en la lucha por la hegemonía.

La clave para entender a México como un régimen de hegemonías o hegemonía se localiza en la decisión de todos los grupos que ganaron la Revolución de configurar una Constitución ajena al modelo teórico revolucionario que habían pensado los grupos que dominaban a las corrientes sindicalistas y campesinas y construyeron un Estado dominante por encima de la lucha de clases, inclusive lobotomizando a las corrientes proletarias de obreros y campesinos y a la gran burguesía porfirista.

Desde 1917 hasta las últimas elecciones presidenciales, México ha sustituido el modelo típico del marxismo de la lucha de clases como motor de la historia y definición de regímenes producti-

vos y a partir de ahí de gobierno por el de un Estado administrador de la lucha de clases a través de mecanismos autoritarios en manos de las burocracias gobernantes.

La lucha de clases por el control y la orientación del sistema productivo en México se substituyó por la lucha de grupos dominantes en coaliciones para obtener la dirección del Estado y desde ahí tomar las decisiones del desarrollo, pero siempre con la intención de evitar la lucha de clases.

La clave de este modelo la dio el presidente Lázaro Cárdenas, un general revolucionario con ideas sociales, pero con la claridad de que México no podría ser un régimen comunista y entonces optó por el camino acomodaticio de un socialismo utópico que al final derivó en capitalismo monopolista de Estado. Y la gran decisión que tomó Cárdenas para desactivar desde 1936 a la lucha de clases como motor de la historia del desarrollo mexicano fue la organización de la clase obrera revolucionaria como masa pero no como clase productiva en confrontación dinámica con la burguesía.

Y el modelo de hegemonía se completó con el ejercicio autoritario del Estado para plantearle los límites a la burguesía empresarial y fue también el propio Cárdenas el que confrontó cuando menos en dos ocasiones a rebeliones empresariales y las derrotó con el argumento de que la clase trabajadora controlada por el Estado y su partido podía hacerse cargo de las fábricas que le daban fortaleza y estructura de poder a la burguesía.



Desde el cardenismo 1934-1940, la lucha política mexicana se alejó de la disputa entre sectores productivos para capturar la dirección política y ejecutiva del Estado y el jaloneo se llevó al modelo de construcción de hegemonías o coaliciones de grupos y no de clases. El proletariado mexicano obrero y campesino pasó a ser sector corporativo en modo de estructura fascistoide a la italiana con la transformación del Partido Nacional Revolucionario –el de los generales que arrojaron a Díaz, pero se ahogaron en la disputa por el poder– al Partido de la Revolución Mexicana como verdadero partido del Estado y del Gobierno.

Las oscilaciones político-ideológicas de las direcciones operativas del Estado se salieron del esquema tradicional de comunismo-capitalismo y entraron en el ritmo pendular de gobiernos progresistas con prioridades sociales y gobiernos conservadores con prioridades empresariales: Carranza a la izquierda, Obregón-calles a la derecha, Cárdenas-Ávila Camacho al populismo, de Alemán a Díaz Ordaz a la derecha, Echeverría-López Portillo al populismo, de la Madrid-Salinas-Zedillo a la derecha, PRIAN 2000-2018 en un centro conservador y López Obrador-Sheinbaum Pardo al populismo.

La gran aportación sistémica del régimen revolucionario-priista 1917-2000 de desactivación de la lucha de clases con la construcción de un Estado cuya dirección política era la que determinaba la disputa por el poder, es decir, en el modelo teórico de Basáñez, la lucha por la hegemonía. En el largo ciclo 1917-2025, los sectores productivos cuya disputa en el modo de producción es la que determinaba en él marxismo el rumbo del Estado quedaron en meros espacios burocráticos: los trabajadores y campesinos en una inevitable extinción como clase productiva y no cuentan ni siquiera ya para mítines de apoyo y los empresarios como gran burguesía asistiendo a Palacio Nacional con sumisión solo para recibir regañíos, obligarlos a comprometer inversiones en la sede del Ejecutivo y actuar más como contratistas del Gobierno y no como clase productiva con autonomía de poder.

En el modelo de la lucha por la hegemonía se establece que el poder se define en función de quien controle el Estado y que la disputa por la dominación del aparato público no se da en las negociaciones obrero-patronales sino en la apropiación de los cargos públicos a través de lo que en México representa el verdadero binomio del poder: el partido del Estado y el control de los procesos electorales.

La única oportunidad que tuvo el país para romper con el modelo de lucha por la hegemonía fue en 1977 con la reforma política del presidente López Portillo, pero en esa ocasión el Partido Comunista Mexicano como organización teórica de la clase obrera revolucionaria en lucha directa por el poder prefirió el registro legal para asistir a elecciones a conquistar curules legislativas y se olvidó –como

se lo restregó con resentimiento José Revueltas en 1962 con su libro *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*– de que la lucha por el poder tendría que ser entre las clases productivas y no entre las burocracias administrativas.

En este escenario irrumpió el populismo mexicano en las elecciones presidenciales de 1988, en la alternancia presidencial en 2000, en las conquistas del Gobierno de la capital de la República en 1997 en la coalición hegemónica PRI-PAN en 2012 y en las victorias electorales de Morena en 2018 y 2024.

II

La decisión del Partido Comunista Mexicano de romper su alianza político-ideológica en modo de proyecto de la clase obrera con el Partido Mexicano de los Trabajadores de Heberto Castillo y apuntalar la candidatura del priismo progresista en declinación que representaba Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano implicó la decisión de la coalición que debió haber sido de la clase obrera en busca del poder para someterse a una participación electoral dentro del modelo de disputa por la hegemonía de grupos y no de clases productivas.

Morena viene de la célula madre del PRI populista que se articuló como Partido de la Revolución Mexicana por decisión del presidente Lázaro Cárdenas. Al propiciar desde el gobierno y el Estado la fundación de la CTM y entregar a la dirección del movimiento proletario al entonces ideólogo socialista Vicente lombardo Toledano, en realidad Cárdenas lo que hizo fue aislar la estructura proletaria para obedecer a las consignas del Estado y todo ese movimiento de la clase obrera que pensaba luchar para ejercer directamente el poder también fue conducido por Lombardo hasta llevar a su grupo marxista a una alianza con lo que llamó sin ningún sentido que exigía el método científico social del marxismo una burguesía nacionalista, y en esa síntesis dialéctica el modelo de lucha de clases para la conquista del poder y el ejercicio directo del Estado se controló desde la dirección ideológica del Gobierno no para favorecer a la clase proletaria, sino para crear un modelo de economía mixta que implicó la subordinación y sometimiento del Estado los intereses de la burguesía nacional y el alejamiento de los trabajadores de cualquier dirección ideológica del Gobierno y del Estado.

Morena nació de la Corriente Democrática del PRI que fundó en 1987 Cárdenas Solórzano y un grupo de ideólogos priistas con sentido progresista –y control de la lucha de clases– no para convertir a la clase obrera en la definición ideológica del Estado, sino para crear un modelo económico y de desarrollo con participación de la burguesía y la alianza Estado-burguesía-proletariado no por el control del Estado, sino por un modelo económico de Justicia social o de –en el peor de los casos– un poco de mejores condiciones de vida para los trabajadores

y campesinos.

La disputa 1987-1988 se dio alrededor de la definición de la candidatura presidencial del PRI: el grupo tecnocrático de De la Madrid impulsó la candidatura del economista Carlos Salinas de Gortari –forjado en la vieja ideología social y de populismo deslavado del PRI–, pero las corrientes progresistas del partido querían que Cárdenas Solórzano fuera el candidato. Y entonces ocurrió la disputa por el método de selección del candidato entre dos opciones: la tradicional que le otorgaba al presidente saliente de la República la decisión unilateral de decidir al candidato y la populista de abrir una consulta y elección interna en un partido que dependía absolutamente del jefe del Ejecutivo federal.

Al final se impuso la decisión del presidente De la Madrid y Salinas de Gortari fue el candidato; Cárdenas Solórzano forzó su expulsión del PRI o en modo práctico estableció su renuncia cuando públicamente aceptó la candidatura presidencial del membrete conocido como Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, un grupo fundado por miembros del Estado mayor presidencial del presidente Carranza y que representaban el título de la Revolución Mexicana con miembros de la antigua Guardia que por razones obvias se habían ido desapareciendo del panorama político por asuntos de edad.

López Obrador no fue miembro fundador de la Corriente Democrática del PRI y solo se incorporó para lograr la candidatura a gobernador de Tabasco que se pondría en elecciones en la coyuntura de las elecciones presidenciales de 1988. López Obrador había sido miembro distinguido del priismo tabasqueño a través de su participación en el grupo político del académico e intelectual Enrique González pedrero, e inclusive había sido nombrado por muy poco tiempo presidente estatal del PRI durante la gubernatura justamente de González Pedrero en Tabasco, pero los modos y objetivos populistas extremos causaron estragos en el priismo local y López Obrador fue en realidad exiliado a la Ciudad de México con un cargo en el Instituto nacional indigenista. González Pedrero, por cierto, también se salió del PRI y se sumó a la corriente cardenista y más tarde al grupo político perredista de López Obrador.

El Frente Democrático Nacional que compitió en las elecciones presidenciales de julio de 1988 con Cárdenas Solórzano fue coyuntural solo para esa circunstancia; y ocurrió que el Partido Comunista Mexicano se dio cuenta de que su falta de trabajo proletario lo había dejado en un limbo ideológico y de grupos de poder y con registro legal solo alcanzó alrededor de 4% de los votos en las elecciones legislativas de 1979 y 1985 y en las presidenciales de 1982.

La dirección política del PCM que tomó el control del partido en la gravísima crisis del comunismo mexicano que fue derrotada sindi-



calmente en 1958 y 1959 y no pudo alcanzar la dirección política del movimiento estudiantil de 1968, se encontró en 1970 ya sin ninguna viabilidad. Y de ahí optó por buscar alianzas con grupos radicales de izquierda que no le sumaron votos y al final prefirió cederle su registro como Partido Comunista a la Corriente Democrática de Cárdenas Solórzano y de ahí contribuir a la fundación del Partido de la Revolución Democrática como un PRI a posteriori, con la ideología política del modelo de desarrollo de economía mixta estado-burguesía y la propuesta como idea central de una socialdemocracia aguada.

El PRD no fue, en sentido estricto, un partido formado por clases, militantes e ideología política, sino que se convirtió en una agencia de colocaciones. El discurso ideológico del PRD fue el del viejo PRI que Salinas y el grupo neoliberal había destruido políticamente con la anulación de la CTM, la desarticulación de las CNC y la disolución de las clases medias profesionales posrevolucionarias en el membrete de la CNOP.

La coalición del FDN, el discurso pospopulista de Cárdenas Solórzano y la transformación del PRI en un apéndice lobotomizado del proyecto neoliberal que se consolidó con el Tratado de Comercio Libre y la subordinación de México a la economía de Estados Unidos perdió su sentido histórico y hubo de pasar por una lucha interna en todo este amplio arco ideológico del perredismo que se dividió en tres grupos: el propiamente cardenista de los viejos priistas, el pragmático de los grupos de izquierda impulsados desde el PRI de Echeverría y López Portillo y el lopezobradorismo como corriente propia.

En medio de la lucha por la hegemonía del Estado entre un PRD con 17% de votos presidenciales, el mismo PRD entró internamente en una disputa por la hegemonía dentro del partido. Cárdenas perdió las elecciones presidenciales en 1988, 1994 y 2000 y ya no lo le alcanzó el ánimo político para el 2006, pero con la circunstancia agravante de que desde el 2000 López Obrador se presentó como la figura del relevo dentro del PRD y a pesar de todas las tribus internas que se hacían pedazos por espacios de poder.

Del 2006 al 2014, el PRD dentro una disputa interna por la hegemonía entre el grupo dominante de López Obrador, un cardenismo sin Cárdenas y las corrientes pragmáticas de los *Chuchos* –Jesús Ortega y Jesús Zambrano– que nacieron del ADN del poder priista y querían PRD en modo del viejo PPS lombardista o el PARM carrancista.

III

El gobierno de la presidenta Claudia Sheinbaum Pardo que cumple su primer año político el próximo lunes 1 de septiembre no se entiende por sí mismo, sino que es parte de la comprensión de lo que significa el lopezobradorismo como hegemo-

nía. Todos los presidentes llegan a final de su sexenio con el objetivo de poner como un sucesor a la persona que le garantice la continuidad personal, de proyecto y de grupo, aunque los seleccionados a la hora de las grandes decisiones hayan optado por un camino propio y a través de ese sendero llegar a su propia sucesión con el ideal de colocar a un incondicional que le garantice la continuidad, aunque al final de cuentas se pueda repetir el problema del saliente con su antecesor.

López Obrador fijó desde su primera incursión en política de ligas mayores –las elecciones de gobernador en Tabasco en 1988 y luego 1994– con la mira puesta en la presidencia de la República. Su estrategia de protestas callejeras y de confrontación con los gobiernos priistas le sirvió para señalar con precisión la distancia de sus protestas: marchas, choques policíacos y un discurso descalificador del estilo priista de ejercer el poder.

Al comenzar su competencia electoral en procesos locales, López Obrador nunca tuvo en mente crear un partido porque los primeros indicios hablaban de un liderazgo personal que se tendría que imponer sobre el partido que lo acunaba, en este caso el PRD. Se trataba de un enfoque típicamente priista: el presidente de la República tomaba el control del partido como punto central de su estructura del poder en tanto que a través de esa dominación el jefe del Ejecutivo designaba candidatos a puestos de elección popular que después en todos los niveles –alcaldes, diputados locales, diputados federales, senadores y gobernadores– responderían a la lealtad de quien les otorgaba la candidatura, les proporcionaba fondos para sus campañas, los apuntalaban desde el Poder Ejecutivo y al que, por lo tanto, le debían lealtad, disciplina y obediencia absoluta.

López Obrador fue candidato del PRD a la Jefatura de gobierno en el 2000 y a la presidencia en 2006, 2012 y 2018. Pero el PRD tuvo una arquitectura e interna que no dependía como en el PRI de los sectores corporativos de la producción que participaban mal que bien en la lucha de clases, sino que se desvió por el camino de la fragmentación en lo que se consideró casi oficialmente como tribus y cada una de ellas con una Jefatura que le impidió movilidad y comunicación hacia las bases a López Obrador.

López Obrador tuvo la sensibilidad muy especial para saber leer y decodificar las circunstancias políticas del país y de los partidos. En el 2006 arañó la presidencia de la República y a nivel oficial le reconocieron una desventaja de Felipe Calderón de menos de un punto porcentual, y en el escenario de irregularidades que el PRD no supo defender y el propio López Obrador todavía le faltaba dar los pasos de rebelión necesarios.

Como parte de su personalidad, López Obrador creó un discurso político-ideológico que apabulló de manera contundente al deslavado reper-

torio de declaraciones del PRI y desde luego que rebasó atropellando a un PAN sin ideas inclusive y a pesar de dos sexenios en la presidencia de la República. La denuncia de la corrupción, las críticas severas a la guerra contra el narcotráfico y la política social para darle prioridad a los pobres aunque solo a través de reasignación de recursos y no generando empleo productivo porque el sector empresarial cómodamente prefirió todos los años posteriores al 68 a pensar en utilidades y no como clase productiva.

A lo largo de toda su vida política como militante de la oposición, López Obrador supo mantener la obstinación de luchar por el poder y de representar los intereses de los pobres, buscando que los sectores progresistas antes priistas y panistas y después en busca de nuevos caminos se realinearían a los objetivos finales, sin exigir una configuración

mucho más sensata y sería de lo que sería la propuesta opositora.

Después del resultado electoral del 2006, López Obrador tomó las calles del centro y sobre todo el corredor del Paseo de la Reforma para obligar a la autoridad electoral a modificar la contabilidad de votos y darle la victoria, entendiendo desde el principio el camino era prácticamente imposible porque el tabasqueño nunca iba a dar la señal de rebelión social violenta en las calles, aunque había escalado la interrupción de la estabilidad de la capital de la República.

Los que en su momento fue tomado como una exhibición de la irracionalidad del pensamiento opositor radical –la declaración como presidente legítimo de la República, su toma de posesión formal en el Zócalo con silla gestatoria presidencial y banda y nombramiento de gabinete– en realidad fue un mensaje para no retroceder en la lucha y sentar las bases para que las circunstancias de elecciones posteriores comenzarán justamente de esos actos claros de protesta social y no se regresaran a los orígenes del frente democrático cardenista de 1988.

A López Obrador le ayudó la descomposición de la hegemonía que se instaló en México después de la alternancia partidista del 2000: Calderón tuvo que pactar como Fox con el viejo priismo que había sido expulsado del poder presidencial y su administración resultó en términos generales mediocre, la crisis en la sucesión presidencial del 2012 mostró la fragmentación del PAN como partido presidencial en el poder y el PRI pudo reconstruirse con una alianza política de coalición dominante con el PAN saliendo de la Presidencia y todo ello configurado en el modelo del Pacto por México y sus reestructuraciones más productivas que sociales políticas e ideológicas.

La alternancia partidista 2000-2018 prohibió un vergonzante Gobierno de Coalición, basado solo en que el PRI le permitió al PAN la gobernanza en 2000-2012 y el PAN apuntaló la gober-



nabilidad del PRI en 2012-2018, pero sin un proyecto real que fusionara las ya conocidas ideas del PRI y del PAN. El Pacto por México no fue un Gobierno de Coalición, sino un reparto de posiciones de poder entre los dos partidos, pero el PRI salinista con la intención solo de mantener y profundizar el modelo neoliberal de subordinación a la economía estadounidense y sin ningún programa realmente de beneficio social, y los dos en modo de PRIAN controlando el sistema electoral para bloquear la tercera oportunidad de López Obrador de ser candidato presidencial en 2018.

La fuerza e imagen personal de López Obrador sustituyó el liderazgo opositor que de 1988 al 2000 mantuvo Cárdenas Solórzano, pero con la circunstancia agravante de que como candidato del Frente Democrático Nacional no supo articular una fuerza de combate cívico y de movilización popular contra el fraude electoral de Carlos Salinas de Gortari en 1988; y la estructuración orgánica del PRD fue un verdadero desorden en el cual se extravió y se disolvió el único resorte que hubiera podido construir una opción realmente opositora después de 1988: el Partido Comunista Mexicano arrió sus banderas y se convirtió en perredista, progresista, cierto, pero priista al fin.

En este contexto, la figura de López Obrador se convirtió en la dominante de un proyecto, grupo y liderazgo personal que no ha tenido hasta la fecha ninguna otra personalidad que pudiera discutirle una nueva alternativa progresista.

La sucesión presidencial de 2024 --que se movió en todo el escenario típico conocido de sucesiones presidenciales priistas-- dejó muy claras las reglas del juego: López Obrador queda como garante personal del proyecto, grupo y liderazgo y en ese contexto fue que manejó todo el proceso para imponer la candidatura y luego la victoria de Claudia Sheinbaum Pardo, por encima de las intenciones de tres pre-candidatos que pensaban que realmente iba a ser un juego abierto: Adán Augusto López Hernández, **Ricardo Monreal Avila** y Marcelo Ebrard Casaubón.

Claudia Sheinbaum Pardo ganó las elecciones como pieza clave, garantizada, de la sucesión de proyecto, grupo, y personal de López Obrador. Y el objetivo ya no es Sheinbaum, sino operar la gestión política y administrativa del país para que Morena pueda continuar en la presidencia para el sexenio 2030-2036.

IV

El primer año de gobierno --como era previsible, y como en sus circunstancias particulares anhelaron los presidentes de sexenios priistas y pianistas-- ha sido el séptimo del sexenio presidencial de López Obrador. Pero nadie debe entrar en modo de historia política colectiva o desde excepción burocrática, porque así estaba planeado y porque

también la candidata Sheinbaum Pardo se asumió de manera consciente como parte de un proyecto, aunque en la perversidad política le disminuyan méritos a solo intendente de López Obrador.

En los hechos, Sheinbaum Pardo entiende la lógica y dinámica de la continuidad de proyecto, grupo y liderazgo, aunque en ocasiones la complejidad de las circunstancias la lleve a situaciones en las que no ha podido --y aparentemente sí ha querido-- darle un toque personal al proyecto. Y a ello ha contribuido el hecho de que el equipo lopezobradorista no ha estado a la altura de las circunstancias y ha cometido el peor de todos los errores en una continuidad transexenal: el disfrute del poder, la pérdida de la conexión política con el proyecto social por el cual llegaron y la falta de sensibilidad para extraviar el discurso moral --válido o no, cumplido o incumplido-- de López Obrador, y ahí están como ejemplo las evidencias en redes sociales del lopezobradoristas mostrando que cambiaron el moralito por una bolsa de broche.

En su año como presidenta, Sheinbaum Pardo no ha podido darle personalidad propia a su presidencia en las *mañaneras*, ni tampoco ha podido construir proyectos y presencias de gobierno más allá de sus giras para supervisar construcción de hospitales u obras públicas del Gobierno, mientras el sistema productivo se desmorona por falta de una política de estímulos a la producción, de reorganización de productores y empresarios y de fortalecimiento del papel de la clase obrera como aliado de un proyecto de gobierno.

La mitad de su primer año de gobierno fue utilizada por la presidenta Sheinbaum para presencia mediática, con algunos programas sociales que avanzan por sí mismos, pero sin que el Estado haya tomado el liderazgo en la conducción del sistema productivo, sobre todo con los indicios de que el Tratado de Comercio Libre regresó a México al modelo de república maquiladora o ensambladora, sin ningún proyecto de Estado para estimular la reconstrucción de la planta industrial intermedia que destruyó el primer tratado y que ha llevado a que la participación de México con productos de exportación haya disminuido un tercio y ese espacio haya sido sustituido de manera engañosa por empresas de Industria intermedia de otros países.

La segunda mitad de su primer año de gobierno ha tenido que lidiar desde noviembre con un Donald Trump desquiciado, pero al mismo tiempo con un proyecto muy concreto de reconstrucción de la hegemonía una productiva y tecnológica de Estados Unidos que se había desperdigado por el mundo a través de la globalización. Y es la hora que no se entiende en México que Estados Unidos ya no es el país santuario que lo mismo propiciaba golpes de Estado en países subdesarrollados y luego aceptaba disidentes y exiliados de esos mismos países, y que el modelo de Trump no es racista

sino de recuperación de la hegemonía de la mayoría estadounidense que se fue perdiendo con las visas legales y el cruce de millones de ilegales para romper el equilibrio racial en la mayor parte de los estados americanos.

Hacia el interior de la estructura de gobierno, Sheinbaum enfrenta dos disputas por la hegemonía: la de los grupos dispersos que confluieron desorganizadamente primero en el PRD y luego pasaron a Morena y la menos conflictiva pero vigente disputa por la hegemonía del Estado entre el grupo gobernante y la coalición empresarial que estaría dependiendo de su articulación con el proyecto político de Trump para tratar de inducir un cambio en la correlación de fuerzas políticas mexicanas.

El problema que va a tener que enfrentar pronto la presidenta Sheinbaum se localiza en la consolidación de una ciudadanía electoral que carece de estructuras partidistas, pero que votaron por el discurso social de López Obrador y por la figura femenina de Sheinbaum Pardo y se encontraron con un grupo gobernante comprometido solo con su proyecto de reconstrucción del viejo sistema piramidal presidente de la República-partido de Estado-subsidios sociales que va a mantener al mismo grupo por un tercer sexenio. El desencanto de esa ciudadanía podría llevar a votos contra la 4T.

La gran prioridad que tendrá que enfrentar la presidenta Sheinbaum Pardo radica en consolidar como lealtad electoral a los partidos satélites Verde y del Trabajo que le dieron mayoría calificada a través de un juego legal pero amañado. Tengan o no tengan el registro, los nuevos partidos que tratarán de sustituir al PRI y al PAN podrían no cumplir con la condicionalidad para legalizarse, pero estarían conformados por lo que se puede considera como una ciudadanía electoral, es decir, solo para votar por otro partido que no sea Morena y aliados y con ellos reducirles cuando menos la mayoría calificada de tres cuartas partes del Congreso y hasta encarecerles la mayoría absoluta de 51%.

El proyecto de Gobierno de la presidenta Schuman está muy claro en cuanto al grupo que representa y sus objetivos transexenales, pero no tiene propuestas realmente concretas y articuladas para resolver el problema del estancamiento productivo, del desplome de las exportaciones por los castigos arancelarios de Trump y de los problemas de seguridad que Trump está reventando para beneficio propio y que pueden desarticular la gobernanza criminal que dejó el modelo de "abrazos, no balazos" de López Obrador.

La presidenta Sheinbaum está confiada en su aprobación de 70% para ella, de 45% para Morena y de mayorías para mantener y hasta expandir el control de gobiernos estatales. Pero



una cosa va a ser el control de la estructura para ejercer el poder y otra cosa muy diferente la falta de solución a los problemas de desarrollo y bienestar más allá de las transferencias de dinero regalado a sectores pobres porque el Estado lopezobradorista tiene claro el tema de los subsidios sociales pero carece de un proyecto de modernización industrial y agropecuaria que le permitiría ahí sí salir de la desigualdad social que es mucho más que los más pobres.

El segundo año de Gobierno de la presidenta Sheinbaum arrancará con un Acuerdo de Seguridad muy estricto que impondrá Estados Unidos, con desajustes en la gobernanza criminal que derivará en una nueva fase de la narcoguerra con violencia en las calles y con la revisión del Tratado de Comercio Libre que disminuirá los beneficios de la globalización.

Y con el segundo año de gobierno vendrá una nueva fase de la doble disputa por la hegemonía: entre las tribus y grupos del bloque lopezobradorista gobernante y de la 4T con la oposición partidista y social desordenada pero intensa.

Basáñez, Miguel (1981, 1990), *La lucha por la hegemonía en México 1968-1990*, Siglo Veintiuno Editores, 309 páginas, ISBN 978-968-23-1659-3.



Andrés Manuel López Obrador y Claudia Sheinbaum. (Foto: Cuartoscuro)



Divergencias dentro de Morena. (Foto: Cuartoscuro)